



## LENGUA SILBADA

¿Ustedes no saben que el lenguaje silbado, el que hablaron quizá nuestros *primates*, como lo hablan aún los monos más distinguidos y principales, subsiste todavía en territorio español?

Los habitantes de la isla de Gomera, en el archipiélago canario, se entienden y comunican á grandes distancias por medio de silbidos estridentes, cuyas inflexiones forman la base de un verdadero lenguaje, abundante y variado.

Así lo ha contado en la Academia de Cien-



cias de París—¡que siempre han de venir de fuera estas noticias!—el sabio viajero francés M. Verneau, cuya estancia en las islas Canarias ha durado cinco años, y le ha permitido recoger muchos y muy curiosos datos.

El almirante Jurien de la Gravière le preguntó durante la sesión si se había fijado en el famoso lenguaje silbado, y M. Verneau respondió:

—Existe efectivamente esa manera de hablar, y no se limita á la expresión de comunicaciones convencionales, sino que puede expresar todas las ideas. Es un lenguaje entero y verdadero, con el cual se comunican y entienden aquellos naturales á cuatro kilómetros de distancia.

De lo que no se habló en la Academia parisiense es de lo que ya conocíamos muchos españoles por noticias de Cuba. También en la gran Antilla se emplea el lenguaje silbado; pero con otro carácter. Lo usan los *ñáñigos* como medio secreto y misterioso de entenderse entre sí, sin que se enteren los profanos.

El lenguaje silbado de los canarios tiene un carácter especial, que le designa, como un resto curiosísimo de tiempos primitivos, á la atención y estudio de los sabios; y como cosa usada y conservada en territorio espa-

ñol, al estudio y atención de los patriotas.

¡De los patriotas, sí!

¿No es verdaderamente providencial la subsistencia de ese lenguaje en tierras de España?

¡Son tantas las cosas y personas de que no deberíamos tratar en nuestras conversaciones sino á silbido limpio!

El silbido simple, rudimentario, tal como por acá se emplea, sin variedad, ni expresión, ni significación sistematizada—buena frasecita ¿eh?—no puede bastarnos, dada la riqueza inmensa que disfruta España en materia silbable.

Envidio sinceramente á los habitantes de la isla de la Gomera. Son los únicos españoles que están en disposición de hablar del Gobierno como se merece.

¡Felices ellos!

Tan felices, que su lenguaje no debe continuar siendo de su exclusivo y limitado dominio. Es preciso que nos den traslado de tales tesoros... Es menester que nos envíen





quien nos explique y enseñe ese lenguaje, fundando, para su mayor limpieza, fijeza y esplendor, una *Academia de la lengua silbada*, ó, ateniéndose al molde de la calle de Valverde, una *Academia silbada de la lengua*.

¿Quién sabe si la misma Academia Española encontraría en alguna obra representada por los indígenas de la Gomera, con arreglo á su lenguaje peculiar, elementos bastantes de belleza para otorgar un nuevo premio de cinco mil pesetas á aquel idioma, tan español, puesto que lo hablan españoles, como el castellano, el catalán, el gallego, el vascuence, el bable y el tagalo?

Desde luego puede afirmarse que hay académicos muy inteligentes en silbidos; y ahí está Catalina (D. Mariano), que no me dejará mentir.

Divúlguese el conocimiento del lenguaje silbado, y el nombre de *silbante* perderá la vana y enojosa significación que ahora tiene, adquiriendo, en cambio, un valor científico que vendrá muy bien á muchos individuos de la mayoría fusionista.

Por último, hay para la enseñanza y difusión de ese lenguaje razones de tal cuantía, que bien pueden pasar por razones de Estado.

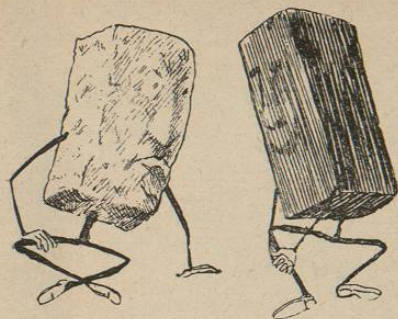
La protección que ahora se dispensa á to-

das las lenguas y dialectos españoles, merced á los pujos de federalismo *ad usum delphini* que prevalecen en ciertas regiones, debe alcanzar en igual grado y medida al lenguaje silbado.

Bueno será entenderlo, por si llega la ocasión de oirlo.

Mayo de 1888.





## ADOQUINES Y TARUGOS

**E**L ADOQUÍN.—¿Conque es verdad? ¿Conque se le acabó la cuerda á la regia prerrogativa?

EL TARUGO.—Sí, amigo mío. El turno pacífico de los pavimentos exige que el adoquín ceda su puesto al tarugo.

EL ADOQUÍN.—¡Imposible! El país no nos ha retirado su confianza.

EL TARUGO.—Se la retiran á ustedes otros poderes que para los tarugos de orden tienen más importancia que el país... ¿Cuál no será el descrédito de ustedes cuando hasta Abascal les retira su protección?



EL ADOQUÍN.—No puedo creer que Abascal se convierta en un vulgar imitador de Rius y Tauler... Tanto valdría que el Papa modificase el famoso letrero de la cúpula de San Pedro, poniendo así: *Et super hunc tarugum ædificabo Ecclesiam meam.*

EL TARUGO.—¿La da usted de ilustrado?

EL ADOQUÍN.—Amiguito, algo se aprende llevando á cuestras un día y otro día montones de libros, de esos que anuncian los vendedores gritando: "¡A real, á escoger! ¡El papel vale más!,,"

EL TARUGO.—Erudición callejera...

EL ADOQUÍN.—Usted, en cambio, traerá mucha erudición silvestre. ¡So tarugo! ¡So leño!

EL TARUGO.—Los pedruscos están por debajo de nosotros, que pertenecemos al reino vegetal, y, por lo tanto, ocupamos un puesto más elevado en la escala de la Naturaleza.

EL ADOQUÍN.—¿Habrás vanidoso? ¿Y habla usted así, sabiendo que lo van á poner á los pies de los caballos?

EL TARUGO.—Sí, señor, lo sé; pero, vamos, no será tan humillante esa situación cuando usted se resiste á dejarla.

EL ADOQUÍN.—Porque se menosprecia mi dignidad; porque se desconocen mis largos años de servicios; porque...

EL TARUGO.—Tranquílcese usted, amigo

adoquín. Puede ser que les concedan á ustedes una jubilación decorosa, un retiro honroso... Quizá vayan ustedes á parar al Consejo de Estado; acaso al Consejo de Instrucción pública; probablemente á la Academia...

EL ADOQUÍN.—No lo diga usted en broma, que de menos hizo Dios á muchos consejeros y académicos.

EL TARUGO.—Lo digo en serio, señor adoquín; tan en serio, que ya me contentaría yo, cuando caduquen mis servicios en el pavimento de Madrid, con ir á hacer compañía á ustedes los adoquines en alguna de aquellas ilustres corporaciones.

EL ADOQUÍN.—Gracias; pero creo que serían ustedes más útiles yendo á formar parte de alguna mayoría parlamentaria.

EL TARUGO.—¡Imposible! Nos está prohibido volver al sitio de nuestra procedencia.

EL ADOQUÍN.—Y diga usted, puesto que parece verdadera la noticia: ¿por dónde empieza nuestra expulsión?

EL TARUGO.—Por la calle del Arenal.

EL ADOQUÍN.—Yo creí que sería por la calle de la Madera...

EL TARUGO.—Esa es una calle de poco más ó menos. Por la del Arenal, en cambio, se va á casa de Sagasta, y al Palacio Real, y...

EL ADOQUÍN.—Y á la estación del Norte.



EL TARUGO.—No asome usted la punta de su oreja demagógica. Ya se conoce que han servido ustedes muchas veces para hacer barricadas.

EL ADOQUÍN.—Por eso quizá se nos despide; se nos expulsa; se nos elimina... ¿Eh?

EL TARUGO.—No diré que no. Los altos poderes necesitan tomar precauciones. Madrid está sobre un volcán.

EL ADOQUÍN.—¿Y encima de ese volcán ponen madera las autoridades? ¡Eso es añadir leña al fuego! Los tarugos son eminentemente combustibles, y si al apoderarse de ustedes las turbas, dan en rociarlos con petróleo...

EL TARUGO.—¡Calle usted, adoquín! ¡Me horrorizan sus palabras!

EL ADOQUÍN.—Más le horrorizará á usted ver á la plebe, transida de frío, levantarlos á ustedes y prenderles fuego en medio de la vía pública, para calentarse á costa del Municipio.

EL TARUGO.—¡Calle usted por Dios! ¡No tiene usted entrañas!

EL ADOQUÍN.—Las tengo de peña, y por eso no me conmueve nada, sino, á lo sumo, la ingratitud del Ayuntamiento de Madrid. Ya se acordará de nosotros, los impasibles, los imperturbables, rígidos y consecuentes adoquines, cuando ustedes los inflamables y

elásticos tarugos se estiren, se encojan, se humedezcan, se sequen, crujan ó ardan...

EL TARUGO.—Cumpliremos como tarugos de honor.

EL ADOQUÍN.—¿A que no? En cuanto empiecen á pasar por encima de ustedes buenas mozas, y ustedes se hagan cargo de la situación, ¡no hay tarugo que se resista á tales seducciones!

EL TARUGO.—(Este adoquín conoce el corazón humano de los tarugos.) Lo que ustedes sienten es perder tan buen punto de vista.

EL ADOQUÍN.—(Este tarugo conoce el corazón humano de los adoquines.)

Mayo de 1888.







## PUCHERO DE ENFERMO

Elevemos al Todopoderoso nuestras paces por Guillermo II, emperador de Alemania y rey de Prusia.

—¿Cómo por Guillermo II? interrumpirá algún señor de los bancos de enfrente:—si

el que se ha muerto ha sido Federico III!

Precisamente por eso no hay para qué rezar por su alma. Ha fallecido "en el seno," de la Iglesia luterana, la cual no admite situaciones intermedias entre el cielo y el infierno, y sus fieles, por lo tanto, se salvan



ó se condenan desde el punto y hora del óbito, sin hacer parada y fonda en el purgatorio.

Quien há menester de preces sinceras y fervientes, á fin de que el Señor le tenga bajo su santa guarda, es el Monarca que reina á orillas del Sprée.

Aún no ha acabado de ceñirse la diadema imperial y real, y ya se ha puesto en movimiento toda la Europa... médica.

El advenimiento de Guillermo II—decían los colegas de Taviel y Andrade—va á ser la señal de una conflagración que se extenderá

*desde el Pirene con sus nieves cano*

hasta el Cáucaso sonoro, como dijo un poeta de casa y boca.

Hasta ahora, las únicas armas que se afilan y esgrimen son los bisturíes.

—¡A él!—gritan los doctores con una energía igual á la de los coraceros franceses en Reichshoffen.

Si es un hecho la alianza de Francia y Rusia, otro hecho no menos grave, y quizá más temible para el joven Monarca teutón, es el que señalan ya varios discípulos de Hipócrates, á quienes traían sin sosiego ni descanso las glorias alcanzadas por los Mackenzie, Wirchow, Bergmann y Bras-

chsman, en sus peleas con la terrible enfermedad de Federico III.



Mientras las gentes sencillas preguntamos por el programa del nuevo Emperador, los médicos contestan con voz sepulcral:



—¡La otorrea purulenta!

Es decir, que hemos salido de Málaga para entrar en Malagón; que hemos dejado de leer aquella amena retahila de pormenores referentes á la putrefacción del padre, para entrar en otra letanía, no menos amable y seductora, de detalles relativos á la putrefacción del hijo... ¡Bonito porvenir!

El doctor Boucheron, discípulo predilecto que fué del célebre Pablo Bert, ha soltado en *La Presse* un artículo titulado:

*La enfermedad de Guillermo II.*

Si *La Presse* fuera un periódico español, ya sabemos cómo lo pregonarían nuestros ciegos:

—¡El extraordinario al nuevo Emperador, con la enfermedad que le acaba de salir ahora!

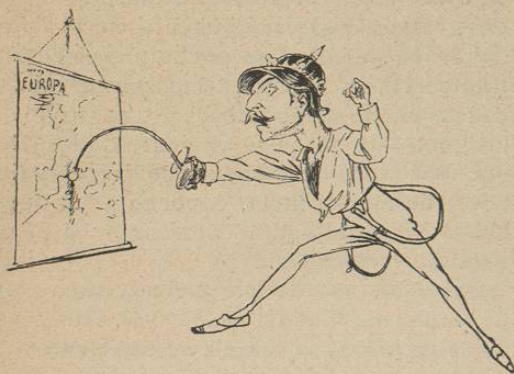
La otorrea purulenta es, al fin y á la postre, una pequeñez.

Es un reuma de la oreja con flujo de pus... — Así lo dice M. Boucheron, y así lo digo yo, suplicando la indulgencia del respetable público.

A primera vista, parece que con unas hilas, bien empapadas en aceite de almen dras amargas, y un poco de



algodón en rama, podría S. M. Imperial y Real sobrellevar sin gran enojo su dolencia; pero el caso es que ésta—y aquí viene la pequeñez—produce, cuando los ataques son fuertes, grandes accesos de cólera, con tendencias á la destrucción, una irritabili-



dad excesiva, y hasta la posibilidad de la enajenación mental.

Lo dicho. Una pequeñez; ó si se quiere hablar con más propiedad, varias pequeñeces.

Sobre todo, cuando el que padece, más ó menos desarrolladas, todas esas frioleras patológicas, es uno de los Soberanos más poderosos del mundo, y á su carácter violento, á su temperamento belicoso y á los casos de locura que ya ha habido en su fa-



milia, une los apetitos de la ambición y las sugestiones de la gloria militar.

¡Están frescos los alemanes, y está aviada Europa entera, con la otorrea purulenta de Guillermo II!

Yo, si lo siento por algo, es por la gracia de Dios y por el principio dinástico. Son dos grandes cosas, fundamentos necesarios del orden social, y no puedo menos de estremecerme y horrorizarme considerando cuánto puede menoscabarse su prestigio si las gentes de buena fe van enterándose de que esas cosas de tan excelso origen y de tan soberana esencia, exponen á los pueblos á vicisitudes tan dolorosas y á peligros tan tremendos.

Hasta aquí era de temer el advenimiento de Guillermo II al trono, porque, estropeado de un brazo, se complacía en repetir:

—Aunque parezco manco, no lo soy.

Pero las alarmas se convierten ya en espeluznante seguridad desde el momento en que está averiguado que el nuevo emperador de Alemania se halla imposibilitado para la función más importante en política.

Es á saber: que lo que le éntre por un oído, le salga por otro.

La obstrucción de que S. M. padece hará que se le queden por allá dentro cosas harto molestas; y entre eso y los trastornos

cerebrales de que ha hablado el doctor Boucheron, ¡ayúdenme ustedes á sentir!

Lamento tener que escribir sobre semejante tema; porque dada la enfermedad de Federico II, al escribir yo estas líneas, á él le chillarán mucho los oídos.

Celebraré que S. M. se alivie, y que se alivie también Europa, atacada asimismo de otorrea, ó, mejor dicho, de *ottorrea*... (El canciller Bismarck se llama Otto.)

¿Habrà sido todo ello un *calembour* del doctor parisiense?

Por sí ó por no, roguemos al Todopoderoso para que *La trompa de Eustaquio*, que tanto nos hizo reir en tiempo de Arderíus, no nos haga llorar en tiempo de Guillermo II, trágico refundidor de aquella farsa.

Además, podría costarle muy cara á él mismo la representación, y Dios Nuestro Señor, *per quem reges regnant*, debiera persuadirle de que las trompetas bélicas son menos sanas que las trompetillas acústicas.

Pero ¡ay! verán ustedes cómo también Su Divina Majestad se hace el sordo á nuestros ruegos.

Junio de 1888.